

El habla andaluza en el sector occidental de la provincia de Málaga

Catalina Urbaneja Ortiz

Doctora en Historia, cronista de Istán

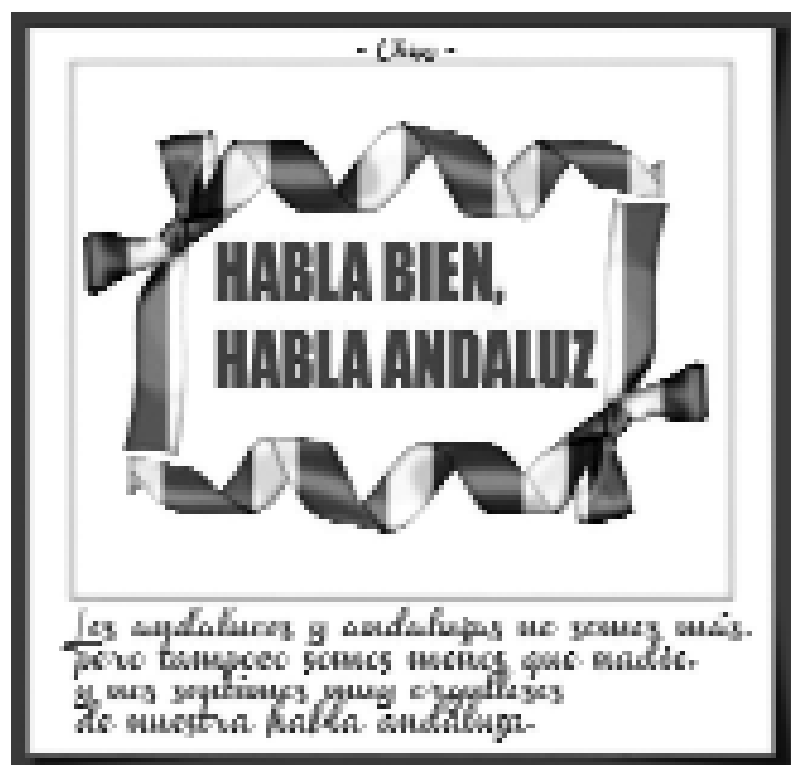
De todos es conocido el problema que surge cuando el interlocutor de un andaluz es un castellano hablante, porque a los andaluces se nos ha colgado un sambenito con respecto a nuestra forma de expresión, del que difícilmente podremos desprendernos. Que hablamos mal, es un latiguillo repetido hasta la saciedad. Por mucho que nos pese, somos los pintorescos por excelencia y nuestra lengua objeto de sátiras, en especial entre los humoristas nacionales o aquellos cómicos de segunda fila que intentan suplir su falta de ingenio con un esperpento del andaluz, más propio de la literatura decimonónica que de los momentos actuales.

El habla andaluza ha sido y es la más analizada y sobre la que se han realizado un mayor número de estudios. Los expertos en lexicología y lingüística, reconocen el valor de nuestra lengua, su particular acerbo y su riqueza semántica, sin embargo no siempre encontramos opiniones cualificadas pues muchos de ellos caen en el tópico-típico de ese andaluz de sainete, exagerado y explotado durante el franquismo que intentó convertir a los andaluces en los bufones del régimen.

Habría que preguntarse cómo nos expresamos realmente y si nuestra lengua es tan esperpéntica. Si analizamos en profundidad los diccionarios que se publican con cierta frecuencia, si observamos todas y cada una de sus voces, ¿con cuántas nos sentimos identificados? Con pocas, es cierto. El habla andaluza es tan variada como lo son las comarcas que configuran nuestra comunidad autónoma, hasta el punto de darse múltiples formas de expresión. La realidad es que poco o nada tienen que ver el lenguaje utilizado en la zona occidental y el de la oriental.

He ahí la raíz del problema. En Andalucía encontramos un amplio mosaico de culturas debido precisamente a su dispar trayectoria histórica. Es un error igualar la lengua hablada en Sevilla, Córdoba o Jaén —incorporadas a la Corona de Castilla en el siglo XIII— con las de Málaga, Granada o Almería, conquistadas a finales del XV.

Idéntica situación encontramos en la provincia de Málaga. La repoblación llevada a cabo por Felipe II después de sofocada la rebelión de los moriscos en el último cuarto del siglo XVI, supuso un trasvase humano desde los más recónditos puntos de España. La llegada de estas familias propició el desarrollo de un habla que difiere considerablemente según las zonas y el origen de aquellos pobladores.



En el caso que nos ocupa, es complicado hacer un estudio sobre las formas de expresión de la Costa del Sol Occidental por las injerencias que ha experimentado durante el siglo XX. Muchas localidades se han preocupado por recopilar su lengua y darla a conocer a las nuevas generaciones con el fin de evitar su desaparición. Desgraciadamente no todas tienen publicaciones al respecto. Tan solo las encontramos en Marbella, Estepona e Istán, con diferencias y coincidencias entre ellas. Destacamos un elemento en común: ninguna ha sido realizada por expertos, pero con ellas trataremos de esbozar unas formas de expresión en trance de desaparecer debido a las influencias ejercidas por el turismo.

Muchas expresiones están ya en desuso en Marbella, una de las ciudades que acogieron a un mayor número de inmigrantes nacionales, en tanto que los otros pueblos aun las mantienen en vigor aunque por un sector minoritario de la población, por lo general las personas de más edad. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la mayor parte de su riqueza semántica se encuentra en oficios que ya apenas se ejercen, por lo que es de prever que pronto caerán en el olvido.

En cuanto al habla común o mejor dicho, la diversidad de hablas que pueden darse en una región determinada y que supone un enriquecimiento de la propia habla andaluza, mantiene en plena vigencia su particular léxico. En un sentido amplio, podemos afirmar que constituye un reducto de supervivencia abocado a su extinción dadas las múltiples injerencias que recibe.

La mayor parte de las publicaciones tendentes a recuperar el léxico andaluz, se centran en recoger las voces en sentido fonético y, acaso, se esté concediendo una menor importancia a su valor semántico. Mas deben tenerse en cuenta las diferencias existentes para evitar que se aglutinen en un mismo tratado los vocablos aplicados en las diferentes zonas de nuestra comunidad.

La elaboración de un diccionario en sentido estricto tal y como lo realizó Manuel Alvar en su *Tesoro léxico de las hablas andaluzas*, son iniciativas a tener en cuenta. En esta línea le han seguido otros estudiosos con trabajos muy bien estructurados y que, en su conjunto, dignifican el habla andaluza¹.

No es nuestra intención elaborar un tratado sobre el habla de la Costa del Sol, sino analizar parte del vocabulario utilizado en sus pueblos, sin plantearnos consideraciones sobre si su utilización es o no correcta. Sirvan para ello algunos ejemplos:

Concepción López encontró que en Marbella la palabra deshollinar se transformaba en “zoyinear”, un término que en Istán resulta más abreviado, “Zoyinar”. Tener mimos era “tené gacha”; dormirse, “quedarse frito” y fuera de aquí se resuelve con el “Jopo de aquí”, mientras que si alguien se ha muerto, se dice que “l'azpichao”.

Otras expresiones peculiares dadas en todos los municipios son, “ponerze en cloquiya” por agacharse; un bostezo no es otra cosa que tener “abriero de boca”; al buen apetito llaman “buena quijá” y tener arcadas es tener “ancia”. Igualmente destacan otras peculiaridades con respecto a la indumentaria: los “zarcillos” en lugar de pendientes, “carzoneh” por pantalones, “moquero” es pañuelo de nariz y “cucoh” en lugar de bragas.

De entre las frases recogidas por Sánchez Verdú y Martínez Torres, señalamos “entrar p'adentro”; “subir p'arriba”; “bajar p'abajo” o “salir p'ajuera”. “A embozás”, es coger agua o grano entre las manos; “quedarse ajit” es comer hasta hartarse; “echar un joyo” es plantar una almáciga; ir “ancá Frasquito”, es ir a la casa de Frasquito y si hay “andancia” hablamos de una especie de enfermedad que ataca indiscriminadamente, porque cuando estás enfermo, se dice que estás “echaíllo a perder”. Limpiar los “sendajos” es desbrozar las paredes que separan los huertos situados a diferentes niveles.

Otras palabras son utilizadas en lenguaje coloquial, sin planteamiento previo porque surgen de forma espontánea siempre y cuando se hable con personas del mismo lugar porque, en el caso de estar presente algún forastero, se usa un lenguaje más estándar. “Galvana” o “gabiarra”, vienen a significar sentir una especie de vagancia o flojera. Estar “aguachiznao” es llegar empapado. Se llama “bilbaína” a la tradicional gorra de paño negro que utilizan los hombres. El “borrajo” son las ascuas que se echan al brasero. La “cámara” es el piso alto de una casa y se le llama “camaranchón” cuando es un falso piso al que se accede por una escalera de mano y en el que se deposita el grano y la paja. Llamamos “coqueta” al tocador del dormitorio, en cuyos cajones se guardan las sábanas. Un “harnero” es un redondel con asas, de esparto, que se utilizaba para recoger la basura cuando las mujeres barrían sus casas. La “chacotía” es una especie de aguinaldo, compuesto por frutos secos, que en Istán se daba a los muchachos ocupados en doblar las campanas el día de los difuntos.

Y podríamos citar otros muchos ejemplos porque hablamos de lengua actual, que conserva parte de estos arcaísmos aunque los oculta a los oídos de los foráneos.

El léxico del campo

En las faenas del campo encontramos diferentes acepciones que se aplican, o aplicaban, con ligeras diferencias en los pueblos de la comarca. Aquí encontramos un tesoro semántico abocado al olvido como las propias tareas agrícolas. Sobre la desaparición del repertorio lingüístico se pronunció Narbona Jiménez, al manifestar que la incorporación o pérdida de un vocablo no se produce de repente ni en todos los usuarios. “La aceptación o asunción, parcial o total, de cualquier innovación o variación por los miembros de una comunidad emana de una especie de acuerdo o consenso, casi nunca explícito, que se produce con el paso del tiempo, y, claro es, básicamente por razones de conveniencia, interés, eficiencia y rentabilidad, En definitiva, todos los que forman parte de una comunidad idiomática (no por igual, claro es) participan en el avance o retroceso de cualquier cambio”².

Para este trabajo se han consultado el *Diccionario de Aperos*³ de Estepona, *El legado de nuestros mayores. Una experiencia intergeneracional desde los servicios sociales comunitarios en Istán*⁴, el estudio de Concepción López sobre el habla de Marbella⁵ y el *Gran diccionario popular de Málaga y provincia*, de Antonio Sánchez Verdú y Francisco Martínez Torres⁶. En cuanto al resto de poblaciones —Benahavís, Casares, Manilva y Ojén—, no hemos

1. SÁNCHEZ VERDÚ, A y MARTÍNEZ TORRES, F.: *Gran diccionario popular de Málaga y provincia*, Málaga 2001.

2. NARBONA JIMÉNEZ, A.: “Norma(s) y hablas andaluzas”, *Actas de las jornadas sobre “El habla andaluza. Historia, normas, usos”*, Sevilla 2001, pp. 30-31.

3. GÓMEZ ROMERO, E.: *Diccionario de aperos. Mañuela para el estudio de labores y artes populares*, Estepona 1997.

4. AGRUPACIÓN ALMORADUX: *Istán, Málaga, El legado de nuestros mayores. Una experiencia intergeneracional desde los servicios sociales comunitarios en Istán*, Málaga 2006.

5. LÓPEZ DE LA FUENTE, M.C.: “Algo que fue (1959-1985)”, *Marbella en el recuerdo. V centenario de San Bernabé (1485-1985)*, Córdoba 1985, pp. 113-131.

6. SÁNCHEZ VERDÚ, A y MARTÍNEZ TORRES, F.: *op. cit.*

encontrado ningún trabajo de características similares, de ahí que nos veamos obligados a constreñir este estudio al estrecho marco de los municipios de Estepona, Istán y Marbella.

Presentamos tres oficios realizados en el monte hasta época reciente. Por mantener un orden coherente, relacionamos el léxico de cada uno de ellos, siguiendo el orden alfabético.

Arrieros

La precariedad de las comunicaciones en la España del Antiguo Régimen, solo comenzó a evolucionar hacia la década de los sesenta del siglo XX. Hasta ese momento, la presencia de los arrieros era imprescindible tanto para el transporte de mercancías o el acarreo de la producción de los montes, pues de la silvicultura dependía la estabilidad económica de numerosas familias de los medios rurales. Los desplazamientos humanos, en una época en que faltaban carre-



Mula aparejada para arriería

teras y escaseaban los coches, solían hacerse a lomos de caballería, generalmente burros o mulos.

La arriería necesitó de vías aptas para el tránsito de las recuas de mulos, los denominados "caminos reales", antecedentes de las actuales carreteras. Por sus propias limitaciones precisaban de un mantenimiento, de carácter anual llevado a cabo por sus usuarios.

Si bien muchas de las palabras que exponemos pueden encontrarse en el DRAE, a veces las acepciones no se ajustan al sentido que se da en esta zona.

El arriero debía tener bien pertrechado a su animal según el trabajo a desarrollar. El aparejo, base de la futura carga, consistía en elementos tales como el "sudador", pieza que estaba en contacto directo con el lomo de la acémila; el mandil, que protege el "alabardón" o albardón; la "pajarera" rellena de paja, sobre la que se colocaba el "mandil cegado" y unida al "atajarre", banda de cáñamo o esparto, para impedir que el aparejo se desplazara hacia delante. Otra pieza era la "jarma", que debía estar más llena que la paja-

tera. El "alabardón" se cubría con un mandil que podía diferenciarse entre aquel provisto de cabezal y el de "pretal". Una esterilla de esparto, forrada con sacos, completaba el conjunto que se ajustaba con la "cincha" y un látigo de cordel fino. Por ella y la carga pasaban la "reata" y el "cincho", rematado con un "garabato" de madera de jara o acebuche. La "jáquima", y sus anteojeras se colocaban en la cabeza del animal, el bozal y la boquera impedían a la bestia comer por el camino. Estos son los elementos del aparejo.

Además se utilizaban otros complementos, en función de la naturaleza de la carga. Para el transporte de agua se necesitaban unas aguaderas, armazón de madera con divisiones para los cántaros. Las piedras se acarreaban sobre unas "pedreras" hechas de madera y atadas con la reata. El maíz y las corruca⁷ se depositaban sobre un "herpil", saco de red de tomiza con mallas anchas. La paja en unas "barcinas", saco de mallas anchas. En un serón con cuatro compartimentos para los cántaros, se transportaba la resina. Para las personas había diferencias. Los niños viajaban en "capachos" y las mujeres, sentadas de lado sobre las "jamugas", sillas de tijera con patas curvas y correones sobre los que se apoyaban brazos y espalda. El trigo requiere unas "angarillas", armazón de cuatro palos clavados en cuadro de los que penden unas bolsas grandes de redes hechas con esparto.

Al ser una ocupación muy demandada, tenía sus propios oficios auxiliares, en especial el herrador para las bestias y el "talabartero", guarnicionero encargado de hacer los aparejos.

Cabrerros

Desde la propia documentación generada a raíz de la conquista, se constata la presencia de rebaños de cabras y ovejas, ocupación que ya realizaban los musulmanes⁸. Referencias del mismo tipo encontramos asimismo en los libros de Apeo y Repartimiento de las localidades de Benahavís, Istán y Ojén, aunque limitadas al periodo morisco, actividad mantenida asimismo por los nuevos pobladores, una continuidad aun vigente, aunque con menor intensidad.

La majada o "majá", es el lugar señalado en el monte para pernoctar cabrerros y ganado, en la que establecen una especie de campamento que les servirá de protección contra las inclemencias del tiempo. Consiste en un espacio techado con palmas o cualquier otro tipo de vegetación, denominado "chinglajo" o "sombrajo", y en él guardan los utensilios necesarios para su propia manutención. Destacan el "dornillo", cuenco de madera de haya que hacía las veces de plato o taza según las necesidades, el mismo material de la cuchara; un "banquete" de corcho para ordeñar las cabras, así como el barreño y un cántaro, ambos de metal, para la leche.

7. Según el DRAE, corruco es una pasta de harina y almendras tostada al horno, propia de Málaga. En Istán se llama así a la segunda arrancada del corcho, la primera, de mejor calidad, es el barnizo, que no lo recoge el diccionario.

8. A.G.S., Contaduría Mayor de Cuentas 1ª Época, leg. 25. Cobro del diezmo para los pueblos de la Tierra de Marbella, 1495, el que se relacionan las cabezas de ganado de cada uno de ellos.

Para destetar a los chivos, se les colocaba en la boca el “botijo”. Otros utensilios para el ganado eran los cencerros de diferentes formas y sonidos. A los machos se les colgaba un piquete y a las crías las “cencerrilas”. Cada uno con un sonido especial que les sirve para orientar al pastor sobre la situación de las cabras, a las que ahuyentaba mediante el “espurreo” para impedirles el paso por alguna zona.

El cabrero vestirá “zahonera”, “culero” y “espaldero”, y se ayudará con un bastón curvado, la “garrota”, o liso, el “garrote”. El agua la transporta en una “calabacilla” y la sal en el “cuernecillo”, además del zurrón hecho con piel de cabra, con un cierre rectangular de madera de madroño o brezo, denominado “tablilla”. La honda, de tres o cinco ramales, era herramienta imprescindible. Hecha con esparto majado que, en función de su longitud y la fuerza de su disparo, puede ser larga o corta. Ambas se usan indistintamente, según las circunstancias y las necesidades.

Encontramos distintas variedades de cabras que, por lo general, se basan no tanto en la raza como en el color del pelo. Las hay “morucha”, negra y tostada; “negra sabina”, el negro poco intenso; “jurraca” si es blanca y negra; “Nevá”, blanca y colorada; “Bigarrá” es aquella que tiene la cabeza de un color distinto del cuerpo; “Sabina”, cuando tienen la cabeza morada y el cuerpo colorado; “baya”, rubia y negra; “Retinta” de cualquier color, pero de tono intenso y “rucia”: entre colorada y gris.

El queso es uno de los derivados de la leche de más aceptación popular. Podía elaborarse tanto en el hogar del cabrero como en la propia majá. La leche cuajada se apretaba con la “pleitilla” y con esta presión se favorecía la extracción del suero, para lo que se depositaba sobre el “entremijo”⁹, tablero hecho de corcho.

Carboneros

El carbón es un producto tan antiguo como la propia existencia del hombre, sin embargo, hacerlo no es tarea fácil, pues requiere un minucioso proceso para el que se necesitan varias personas. Un trabajo en equipo bien coordinado cuyos miembros deberán turnarse para vigilar la combustión.

Se acondicionará un espacio abierto, el “alfanje”, para armar el horno hasta formar una especie de túmulo compuesto por las “gavillas”, en torno al perí-



Tradicional horno de carbón

metro y puestas en pie, ya que sirven de base para las “chascas”, matas puestas sobre la cubierta cerrando el interior herméticamente, entre las que se deja un hueco, el “bullón”. Se cubre con una espesa capa de tierra que ahoga-

rá cualquier salida de humos, es lo que llaman “aterrar”.

En la base se coloca leña fina, que prenderá con facilidad y expandirá las llamas al resto de la leña. Se pisa con la “armadera”, piedra grande y plana que se derrumbará al quemarse la base, cerrando el horno e impidiendo que la entrada de aire acelere el proceso y salgan cenizas en lugar del carbón. Sobre ellas se coloca la leña más gruesa. El horno debe tener dos caños laterales y uno en la parte superior para que pueda salir el humo e impedir que se ahogue el fuego, que al mismo tiempo son utilizados para controlar la combustión.

Una vez encendido, no necesita cuidados especiales, sólo vigilar que no se hunda la tierra que lo cubre. Debe arder durante dos días y medio o tres, según la calidad de la leña, después se procederá a “grancear” el carbón caliente, extendiéndolo por el alfanje a fin de que se enfríe con rapidez. Después se entrega a los arrieros para su transporte. Las herramientas eran simples: con el “picayo” se arrancan las cepas; el “calabozo” para picar la leña, la pala para aterrar y la espuerta terrera, de esparto.

Y así podríamos continuar en una interminable relación de vocablos y oficios. Muñoz Rojas se hizo eco de la desaparición de las eras y la trilla que se hacía cada verano sobre aquellos blancos empedrados: “los mulos se acabaron y las cuadras están desiertas y sin rumores de piensos [...] No quedan ni bielgos, ni barcina, ni ninguno de aquellos instrumentos de verano que hacían vivas las eras. Apenas si sus nombres se conocen”¹⁰.

Si su desaparición sería lamentable, en caso de producirse, habría que lamentar aún más profundamente que, el cada vez más extendido complejo de “mal hablados” que conservamos los andaluces, se queda sin la base que sustenta nuestra particular manera de expresarnos. Para mantener en vigor esta lengua, solo hay que aceptarla en su justa medida y valorarla como lo que es: nuestra lengua materna y un patrimonio inmaterial que deberíamos conservar.

9. DRAE: Expremiyo, Mesa baja, larga, de tablero con ranuras, cercada de listones y algo inclinada, para que, al hacer queso, escurra el suero y salga por una abertura hecha en la parte más baja.

10. MUÑOZ ROJAS, J.A.: *Las cosas del campo*, p. 14.